

Jesús de Nazaret; sus últimos días en la Tierra

“La Fe pertenece, sobretodo a los que trabajan y confían. Tenerla en el corazón es estar siempre listo para Dios. No importa la salud o la enfermedad del cuerpo, no tiene significado los infortunios o los acontecimientos felices de la vida material. El alma fiel trabaja confiado en los designios del Padre, que puede dar los bienes, retirarlos y devolverlos en tiempo oportuno, caminando siempre con serenidad y amor, por todos los senderos a través de los cuales la generosa mano del Señor quiera conducirlos”

Jesús de Nazaret

Mucho se ha escrito sobre la figura del Maestro *Jesús de Nazaret* a su paso por la Tierra, hemos extraído del libro *“Buena Nueva”* dictado por el espíritu *Humberto de Campos*, psicografiado por *Francisco Cândido Xavier*, cariñosamente *Chico Xavier*, resaltando de éste, los últimos momentos que el Nazareno pasara entre nosotros, ejemplificando y dejando bellas lecciones de gran enseñanza para la posteridad de la humanidad, basados en la humildad, la fe, la caridad, el valor, el perdón, y el amor a la vida.

Demostrándonos así, la manera de adquirir virtudes para llegar a la perfección de nuestro espíritu, siendo esta la forma de progresar y ser valorados por nuestros sacrificio ante Dios, cuando somos conscientes de haber cumplido con la parte que nos corresponde en cada existencia, de ayudar y ayudarnos mutuamente, para hacer de este mundo, un mundo mejor; sabiendo que para el plano espiritual superior, no existe un verdadero valor al trabajo, sin la consideración de los valores morales empleados.

En el libro *Pan Nuestro*, dictado por el espíritu de *EMMANUEL*, psicografiado por *Chico Xavier*, en la lección 145 – “Obreros”; el Apóstol de los Gentiles, *Pablo de Tarso* nos hacía la siguiente reflexión:

“Procura presentarte a Dios aprobado como obrero que no tiene de que avergonzarse”. – Pablo. (II Timoteo, 2:15)

“No nos preocupemos por la manera en que nos vamos a presentar ante Dios, la gran mayoría de los devotos no podemos pretender iniciar el viaje al más allá de la muerte con títulos de santos, sin que la manera más acertada de reflejar nuestra verdadera posición, es aquella en que nos encuadramos en la condición de trabajadores”.

“LA ÚLTIMA CENA”



Reunidos los discípulos en compañía de Jesús, en el primer día de las fiestas de Pascua, el Maestro, como en otras ocasiones, partió el pan con la habitual ternura. Su mirada, con todo, aunque no traicionaba su serenidad acostumbrada, presentaba misterioso fulgor, como si su alma, en aquel instante, vibrase aún más con los altos planos de lo invisible.

Los compañeros comentaban con simplicidad y alegría los sentimientos del pueblo, mientras el Maestro meditaba, silencioso.

En cierto instante, habiendo ocurrido larga pausa entre los amigos conversadores, el Mesías acentuó con firmeza impresionante:

— *Amados: es llegada la hora en que se cumplirá la profecía de la Escritura. Humillado y herido, tendré que enseñar en Jerusalén la necesidad del sacrificio propio, para que no triunfe apenas una especie de victoria, tan pasajera como las edificaciones del egoísmo o del orgullo humano. Los hombres han aplaudido, en todos los tiempos, las tribunas doradas, las retumbantes marchas de los ejércitos que se glorificaron con despojos sangrientos, los grandes ambiciosos que a la fuerza dominaron el espíritu inquieto de las multitudes; entretanto yo vine de mi Padre para enseñar como triunfan los que caen en el mundo, cumpliendo un deber sagrado de amor, como mensajeros de un mundo mejor, en donde reinan el bien y la verdad. Mi victoria es la de los que saben ser derrotados entre los hombres, para triunfar con Dios, en la construcción divina de sus obras, inmolándose, con alegría, para la gloria de una vida mayor.*

Ante la expresa resolución de aquellas firmes palabras, los compañeros se entreojaron, ansiosos.

El Mesías continuó:

— *¡No os perturbéis con mis afirmaciones, porque, en verdad, uno de vosotros me traicionará!. . . Las manos, que yo acaricié, se vuelven ahora contra mí. Pero mi alma está lista para la ejecución de los designios de mi Padre.*

La pequeña asamblea se tomó lívida. Con excepción de Judas, que ya había entablado negociaciones particulares con los doctores del Templo, faltando apenas el acto del beso, para que ocurriese su defección, nadie contaba con las amargas palabras del Mesías. Penosa sensación de malestar se estableció entre todos. El hijo de Iscariotes hacía lo posible para disimular sus dolorosas impresiones, cuando los compañeros se dirigieron a Cristo con angustiosas preguntas:

¿Quién será el traidor? — dijo Felipe, con extraño brillo en los ojos.

— ¿Seré yo? — indagó ingenuamente Andrés.

— Pero, al final — objetó Santiago, hijo de Alfeo, en voz alta —, ¿dónde está Dios que no conjura semejante peligro?

Jesús, que se había mantenido en silencio ante las primeras interrogaciones, levantó la mirada hacia el hijo de Cleofas y advirtió:

— *Santiago, haz callar la voz de tu poca confianza en la sabiduría que rige nuestros destinos. Una de las mayores virtudes del discípulo del Evangelio es la de estar siempre listo al llamado de la Divina Providencia. No importa dónde y cómo sea el testimonio de nuestra fe. Lo esencial es que revelemos nuestra unión con Dios, en todas las circunstancias. Es indispensable que no olvidemos nuestra condición de siervos de Dios, para que atendamos bien su llamada, en las horas de tranquilidad o de sufrimiento.*

En ese momento, habiendo callado nuevamente el Mesías, Juan intervino, preguntando:

— Señor, comprendo vuestra exhortación y ruego al Padre la necesaria fortaleza de ánimo; pero, ¿por qué motivo será justamente uno de vuestros discípulos el traidor de vuestra causa? Ya nos enseñaste que, para eliminar del mundo los escándalos, otros secándolos se hacen necesarios; a pesar de todo, aun no he podido atinar con la razón de un posible traidor en nuestro propio colegio de edificación y de amistad.

Jesús posó en su interlocutor los ojos serenos y acentuó:

— *En verdad, me cumple afirmar que no me será posible deciros todo ahora; entretanto, más tarde enviaré el Consolador, que os esclarecerá en mi nombre, como ahora os hablo en nombre de mi Padre.*

Y, deteniéndose un poco a reflexionar, continuó en particular para el discípulo:

— Escucha, Juan: *los designios de Dios, si son impenetrables, también son invariablemente justos y sabios. El escándalo aparecerá en nuestro propio círculo bien amado, pero servirá de lección a todos aquellos que vengan después de nuestros pasos, en el divino servicio del Evangelio. Ellos comprenderán que para llegar a la puerta estrecha de la renuncia redentora han de encontrar, muchas veces, el abandono, la ingratitud y la incomprensión de sus seres más queridos. Esto revelará la necesidad de que cada cual se afirme en su camino para Dios, por más espinoso y sombrío que éste sea.*

El apóstol se impresionó vivamente con las últimas palabras del Maestro y pasó a meditar sobre sus enseñanzas.

*

Las sensaciones de extrañeza permanecían en toda la asamblea. Jesús, entonces, se levantó y, ofreciendo a cada compañero un pedazo de pan, exclamó:

— *¡Tomad y comed! Este es mi cuerpo.*

En seguida, sirviendo a todos con una pequeña jarra de vino, acrecentó:

— *¡Bebed! Porque esta es mi sangre, dentro del Nuevo Testamento, que confirma las verdades de Dios.*

Los discípulos acogieron su suave recomendación, naturalmente sorprendidos, y Simón Pedro, sin disimular su incomprensión del simbolismo, interrogó:

— ¿Maestro, qué viene a ser eso?

— Amados — dijo Jesús, con emoción —, muy próximo está nuestro último instante de trabajo en conjunto y quiero reiteraros mis recomendaciones de amor, efectuadas desde el primer día del apostolado. Este pan significa el banquete del Evangelio; este vino es la señal del espíritu renovador de mis enseñanzas. Constituirán el símbolo de nuestra comunión perenne, en el sagrado idealismo del amor, con que trabajaremos en el mundo hasta el último día. Todos los que participen con nosotros, a través del tiempo, de ese pan eterno y de ese vino sagrado del alma, tendrán el espíritu fecundado por la gloriosa luz del Reino de Dios, que representa el santo objetivo de nuestros destinos.

Ponderando sobre la intensidad del esfuerzo a ser empleado y aludiendo a las multitudes espirituales que se conservan bajo su amorosa dirección, fuera de los círculos de la carne, en las esferas más próximas de la Tierra, Cristo acrecentó:

— ¡Inmenso es el trabajo de la redención, inclusive por que tengo otras ovejas que no son de este rebaño; pero el Reino nos espera con su eternidad luminosa!..

Altamente sensibilizados por su solemnes exhortaciones y sin embargo, maravillados aún más con las promesas de aquel reinado venturoso y sin fin, que aún no podían comprender claramente, la mayoría de los discípulos comenzó a discutir sobre las aspiraciones y conquistas del futuro.

Mientras Jesús se entretenía con Juan, en observaciones afectuosas, los hijos de Alfeo examinaban con Santiago las posibles realizaciones de los tiempos venideros, anticipando opiniones sobre cual de los compañeros podría ser el mayor de todos, cuando llegase el Reino con sus grandiosidades inauditas. Felipe afirmaba a Simón Pedro que, después del triunfo, todos debían entrar en Nazaret para revelar a los doctores y a los ricos de la ciudad su superioridad espiritual. Levi se dirigía a Tomás y le hacía sentir que, verificada la victoria, era obligatorio que marchasen hacia el Templo ilustre, donde exhibirían sus supremos poderes. Tadeo esclarecía que su intención era dominar a los más fuertes e impenitentes del mundo, para que aceptasen, de cualquier forma, la lección de Jesús.

El Maestro interrumpió su diálogo íntimo con Juan, observándolos: las discusiones progresaban con acérrimo. Las palabras “mayor de todos” sonaban insistentemente a sus oídos. Parecía que los componentes del sagrado colegio estaban en la víspera de la división de una conquista material y, como los triunfadores del mundo, cada uno deseaba la mayor parte de la presa. Con excepción de Judas, que se cerraba en su silencio sombrío, casi todos discutían con vehemencia. Sintiendo su incomprensión, el Maestro parecía contemplarlos con entristecida piedad.

*

En ese instante, los apóstoles observaron que él se levantaba. Con espanto de todos, se quitó su simple túnica y se amarró con una toalla alrededor de los riñones, a la manera de los esclavos más íntimos, a servicio de sus señores. Y como si fuesen dispensables las palabras, en aquella hora decisiva de ejemplificación, tomó un vaso de agua perfumada y, arrodillándose, comenzó a lavar los pies de los discípulos. Ante la

protesta general frente a ese acto de suprema humildad, Jesús repitió su inmortal enseñanza:

— *Vosotros me llamáis Maestro y Señor y decís bien, porque lo soy. Si yo, Señor y Maestro, os lavo los pies, debéis igualmente lavaros los pies los unos a los otros en el camino de la vida, porque en el Reino del Bien y de la Verdad el mayor será siempre aquel que se hizo sinceramente el menor de todos.*

LA NEGACIÓN DE PEDRO



El hecho de que el Mesías lavara los pies de sus discípulos, encontró cierta incompreensión de parte de Simón Pedro. El viejo pescador no estaba de acuerdo con semejante acto de extrema sumisión. Y, llegado su turno, objetó resuelto:

— Nunca me lavaréis los pies, Maestro; mis compañeros están siendo ingratos y duros en este instante, dejando que practiquéis este gesto, como si fueseis un vulgar esclavo.

Después de estas palabras, lanzó a la asamblea una mirada de reprobación y desprecio, mientras Jesús le respondía:

— *Simón, no quieras ser mejor que tus hermanos de apostolado, en ninguna circunstancia de la vida. En verdad, te aseguro que, sin mi ayuda, no participarás con mi espíritu de las alegrías supremas de la redención.*

El antiguo pescador de Cafarnaún se tranquilizó un poco, haciendo callar la voz de su generosidad casi infantil.

Terminada la lección y retomando su lugar en la mesa, el Maestro parecía meditar profundamente. Luego después, dando a entender que su visión espiritual analizaba los acontecimientos del futuro, sentenció:

— *¡Se aproxima la hora de mi testimonio final! Por anticipación, sé que todos vosotros os encontraréis dispersos en ese supremo instante. Sin embargo, es natural, porque aún no estáis preparados sino para aprender. Pero, antes de que yo parta, **deseo dejaros un nuevo mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado; que seáis conocidos como discípulos míos, no por la superioridad en el mundo, por la demostración de poderes espirituales, o por las vestiduras que usáis en la vida, sino por la revelación del amor con que os amo, por la humildad que deberá coronar vuestras almas, por la buena disposición en el sacrificio propio.***

Viendo que Jesús repetía una vez más aquellas recomendaciones de despedida, Pedro, dando expansión a su temperamento inquieto, se adelanto, indagando:

— Al final, Señor ¿para dónde vais?

El Maestro le dirigió una mirada serena, haciéndole sentir el interés que le causaba su curiosidad y respondió:

Aún no te encuentras preparado para seguirme. El testimonio es de sacrificio y de extrema abnegación y solamente más tarde entrarás en posesión de la fortaleza indispensable.

Simón, no obstante, deseando probar por palabras a los compañeros el valor de su dedicación, acrecentó, con cierto énfasis y a propósito de imponerse a la confianza del Mesías:

— ¿No puedo seguiros? Acaso, Maestro, ¿podéis dudar de mi coraje? Entonces, ¿no soy un hombre? Por vos daré mi propia vida.

Cristo sonrió y ponderó:

— *Pedro tu inquietud se hace acreedora de nuevas enseñanzas. La experiencia te enseñará mejores conclusiones, porque, en verdad, te digo que esta noche el gallo no cantará sin que me hayas negado tres veces.*

— Entonces, ¿me juzgáis un espíritu malo y endurecido hasta ese punto? — indagó el pescador, sintiéndose ofendido.

— *No, Pedro — adelantó el Maestro, con dulzura —, no te supongo ingrato o indiferente a mi enseñanzas. Pero vas a aprender, aún hoy, que **el hombre del mundo es más frágil que perverso.***

*

Pedro no quiso creer en las afirmaciones del Mesías y así que se verificó su prisión, con la suposición de demostrar su intrepidez y buena disposición para la defensa del Evangelio del Reino, atacó con la espada a uno de los siervos del sumo sacerdote de Jerusalén, compeliendo al Maestro a más severas observaciones. Conforme a las afirmaciones de Jesús, el colegio de los apóstoles se dispersó en aquel momento de resoluciones supremas. La humildad con que Cristo se entregaba desilusionaba a algunos de ellos, que no podían comprender la trascendencia de aquel Reino de Dios, sublimado y distante.

Pedro y Juan, observando que la detención del Maestro por los emisarios del Templo era hecho consumado, combinaron, entre sí, acompañar, de lejos, al grupo que se alejaba, conduciendo al Mesías. Inútilmente, buscaron a los demás compañeros que, recelosos de la persecución, se habían desbandado.

Ambos, no obstante, deseaban prestar a Jesús la ayuda necesaria. ¿Quién sabe si podrían encontrar un recurso para salvarlo? Era necesario cerciorarse de todos los hechos. Recurrirían a sus humildes relaciones en Jerusalén, a favor del querido Maestro. Comprendían la extensión del peligro y las amenazas que se les presentaban por delante. De instante a instante, eran sorprendidos por hombres del pueblo que, en conversaciones de camino, acusaban a Jesús de hechicero y hereje.

La noche había caído sobre la ciudad.

Los dos discípulos observaron que la expedición de siervos y soldados llegaba a la residencia de Caifás, en donde Cristo fue recogido en una celda húmeda, cuyas graderías daban a un patio extenso.

El prisionero fue prendido, entre burlas e insultos. Al reducido grupo se unía ahora la masa popular, entonces en plena alegría festiva, por las conmemoraciones de la Pascua. El amplio patio fue invadido por un aluvión de personas contentas.

Pedro y Juan comprendieron que las autoridades del Templo imprimían carácter popular al movimiento de persecución al Mesías, vengándose así de su victoriosa entrada triunfal en Jerusalén, como una nueva esperanza para el corazón de los desalentados y oprimidos.

Después de ligero acuerdo, el hijo de Zebedeo volvió a Bethania, con el fin de colocar a la madre de Jesús al corriente de los hechos, mientras Pedro se unía a la aglomeración, de forma que pudiese observar en que podría ser útil al Mesías.

El ambiente ya estaba preparado por el farisaísmo para los tristes acontecimientos del día inmediato. En todos los grupos se hablaba de Cristo como de un traidor o revolucionario vulgar. Algunos comentadores más exaltados lo denunciaban como ladrón. Se ridiculizaban sus enseñanzas se hacían burlas de sus ejemplos y no faltaban los que decían, en alta voz, que el Profeta Nazareno había llegado a la ciudad dirigiendo un bando de asaltantes.

El viejo pescador de Cafarnaún sintió la hostilidad con que tendría que luchar, para socorrer al Mesías, y experimentó un frío angustioso en el corazón. Su resolución parecía vencida. El alma ansiosa se dejaba dominar por dudas y aflicciones. Comenzó a pensar en sus familiares, en sus necesidades comunes, en las convenciones de Jerusalén, que él no podría enfrentar sin pesadas penas. Con el cerebro hirviendo en expectativas y cogitaciones de defensa propia, penetró en el extenso patio, donde la multitud era densa.

Poco después, una de las siervas de la casa se aproximó a él y exclamó, sorprendida:

— ¿No eres tú uno de los compañeros de este hombre? — mostrando la celda en que Jesús se hallaba encarcelado.

El pescador reflexionó un momento y, reconociendo que el instante era decisivo, respondió, disimulando la propia emoción:

— Estás engañada. No lo soy.

El apóstol ponderó aquella primera negación y consideró que semejante procedimiento, a sus ojos, era el más razonable, ya que debía emplear todas las posibilidades a su alcance, en favor de Jesús.

Fingiéndose despreocupación, el hermano de Andrés se dirigió a una pequeña aglomeración de gentes del pueblo, donde cada uno intentaba escapar al intenso frío de la noche, calentándose junto a una fogata. Nuevamente uno de los presentes, reconociéndolo, lo interpelló en estos términos:

— Entonces, ¿viniste a socorrer a tu Maestro?

— ¿Qué Maestro? — preguntó el pescador de Cafarnaún, entre receloso y asustado. — Nunca fui discípulo de ese hombre.

Dada esa explicación, todo el grupo se sintió a voluntad para comentar la situación del prisionero. Largas horas pasaron para Simón Pedro, cuyo corazón estaba en duelo

con su propia conciencia, en aquellos instantes penosos en que fue llamado al testimonio. La noche ya iba adelantada, cuando algunos servidores vinieron a servir tazas de vino. Uno de ellos, encarando al discípulo con cierto espanto, exclamó súbitamente:

— ¡Este es! . . . ¡Es el mismo discípulo que nos atacó con la espada, entre los árboles del huerto!

Simón, pálido, se levantó y protestó:

— ¡Estás engañado, amigo! ¡Mira que eso no ha sido posible!.

Luego que pronunció su última negativa, los gallos de la vecindad cantaron con altas voces, anunciando la madrugada.

Pedro recordó las palabras del Maestro y se sintió perturbado por angustia infinita. Se levantó tambaleante y, volviéndose instintivamente hacia la celda en que el Maestro se encontraba prisionero, vio el semblante sereno de Jesús que lo contemplaba a través de los sencillos barrotes.

*

Presa de remordimiento indescriptible, el apóstol se retiró, avergonzado de sí mismo. Dando algunos pasos, alcanzó los muros exteriores, donde se detuvo a llorar amargamente. Él, que siempre había sido hombre rudo y resuelto, que siempre condenó a los desviados de la verdad y del bien, que nunca consiguió perdonar a las mujeres más infelices, se encontraba allí, abatido como un niño frente a su propia falta. Comenzaba a entender la razón de ciertas experiencias dolorosas de sus hermanos en humanidad. En su espíritu parecía abrirse una fuente de nuevas consideraciones por los infortunados de la vida. Deseaba, ansiosamente, arrodillarse ante el Mesías y suplicarle perdón por su dolorosa caída.

A través del velo de lágrimas que le oscurecía los ojos, Simón Pedro Sintió una visión consoladora y generosa. Se le figuró que el Maestro venía a verlo, en espíritu, en la soledad de la noche, trayendo en los labios aquella misma sonrisa serena de todos los días. Ante la emoción reconfortante y divina, Pedro se arrodilló y murmuró:

— ¡Señor perdóname!

Pero, en ese instante, no vio más nada, en la confusión de sus angustiosos pensamientos. Clarísima luna adornaba de luz las estrechas y desoladas calles. Fue entonces que el antiguo pescador reflexionó más austeramente, recordando las advertencias amigas de Jesús, cuando le decía:

— *“¡Pedro, el hombre del mundo es más frágil que perverso!...”*

LA ORACIÓN DEL HUERTO

Después del acto de humildad extrema, de haber lavado los pies de todos los discípulos, volvió Jesús al lugar que ocupaba en la mesa del simple banquete y, antes de que se retiraran, elevó los ojos al cielo y oró así, fervorosamente, de acuerdo al relato del Evangelio de Juan:

— *¡Padre santo, es llegada mi hora! Acógeme con tu amor, eleva a tu hijo, para que él pueda elevarte, entre los hombres, en el supremo sacrificio. Te glorifiqué en la Tierra, dejé testimonio de tu magnanimidad y sabiduría y consumo ahora la obra que me confiaste. ¡En este instante, pues, Padre mío, ampárame con la luz que me diste, mucho antes que este mundo existiese*

Y fijando su amorosa mirada sobre la comunidad de los discípulos, que, silenciosos, acompañaban su ruego, continuó:

— *Manifesté tu nombre a los amigos que me diste; eran tuyos y me los confiaste, para que recibiesen tu palabra de sabiduría y de amor. ¡Todos ellos ahora saben que cuanto les he dado proviene de ti! En este supremo instante, Padre, no ruego por el mundo, que es obra tuya y cuya perfección se verificará algún día, porque eso está en tus designios insondables; pero, te pido particularmente por ellos, por los que me confiaste, teniendo en cuenta el esfuerzo a que los obligará el Evangelio, que permanecerá en el mundo sobre sus generosos hombros. ¡Yo ya no soy de la Tierra; pero te ruego que mis amados discípulos se unan los unos con los otros, como yo soy uno contigo! Les di tu palabra para el santo trabajo de la redención de las criaturas; así, pues, que ellos comprendan que, en esa grandiosa tarea, el mayor testimonio es el de nuestro sacrificio propio por tu causa, comprendiendo que están en este mundo, sin pertenecer a sus convenciones ilusorias, por pertenecer sólo a ti, ya que de tu amor vinimos todos para regresar a tu magnanimidad y sabiduría, cuando hallamos edificado el buen trabajo y vencido en la lucha provechosa. Que mis discípulos, Padre, no hagan de mi presencia personal el motivo de su alegría inmediata; que me sientan sinceramente en sus aspiraciones, a fin de que sientan mi júbilo completo en sí mismos. Junto a ellos, otros trabajadores del Evangelio despertarán para tu verdad. El futuro estará lleno de esos obreros dignos del salario celeste. ¡Será, de alguna forma, la posteridad del Evangelio del Reino la que se perpetuará en la Tierra, para glorificar tu revelación! ¡Protégelos a todos, Padre! ¡Qué todos reciban tu bendición, abriendo sus corazones a las claridades renovadoras! ¡Padre justo, el mundo aún no te conoció; pero, yo, te conocí y les hice conocer tu nombre y tu infinita bondad, para que el amor con que me has amado esté en ellos y yo en ellos esté!*

*

Finalizada la oración, acompañada en religioso silencio por parte de los discípulos, Jesús se retiró en compañía de Simón Pedro y de los dos hijos de Zebedeo para el Monte de los Olivos, donde acostumbraba meditar. Los demás compañeros se dispersaron, impresionados, mientras Judas, alejándose con pasos vacilantes, no conseguía aplacar la tempestad de sentimientos que le desbastaba el corazón.

Comenzaba a caer sobre el cielo claro el crepúsculo. A pesar del radiante sol de la tarde que iluminaba el paisaje, soplaban el viento en ráfagas muy frías.

Después de algunos instantes, el Maestro y los tres compañeros alcanzaron el monte poblado de frondosos árboles que invitaban al pensamiento contemplativo.

Acomodando a los discípulos en bancas naturales que las plantas del camino se encargaban de adornar, les habló el Maestro, en tono sereno y resuelto:

— *¡Esta es mi última hora con vosotros! ¡Orad y vigilad conmigo, para que tenga yo la glorificación de Dios en el supremo testimonio!*

Así diciendo, se alejó, a pequeña distancia, en donde permaneció en oración, cuya sublimidad los apóstoles no podían observar. Pedro, Juan y Santiago estaban profundamente sensibilizados por lo que veían y oían. Nunca el Maestro les había parecido tan solemne, tan convencido, como en aquel instante de penosas recomendaciones. Rompiendo el silencio que se hizo, Juan ponderó:



— **Oremos y vigilemos, de acuerdo a la recomendación del Maestro**, pues, si él aquí nos ha traído, sólo a nosotros tres en su compañía, eso debe significar para nuestro espíritu la grandeza de su confianza en nuestra ayuda.

Se pusieron a meditar silenciosamente. Entretanto, sin que lograsen explicar el motivo, adormecieron en el transcurso de la oración.

Pasados algunos minutos, despertaron, escuchando al Maestro que les decía:

— *¡Despertad! ¿No os recomendé que vigiláseis? ¿No podréis velar conmigo, ni un minuto?*

Juan y los compañeros se restregaron los ojos, reconociendo la propia falta. Entonces, Jesús, cuya mirada parecía iluminada por extraño fulgor les contó que había sido visitado por un ángel de Dios, que lo conformó para el supremo martirio. Una vez más les pidió que orasen con el corazón y nuevamente se alejó. Con todo, los discípulos, insensiblemente, cediendo a los imperativos del cuerpo y olvidando las necesidades del espíritu, de nuevo adormecieron en el medio de la meditación. Despertaron con el Maestro que les repetía:

— *Entonces, ¿no conseguisteis orar conmigo?*

Los tres discípulos despertaron aturdidos. El desolado paisaje de Jerusalén se adentraba en la sombra.

Pero, antes que pudiese nuevamente justificar su falta, un grupo de soldados y gentes del pueblo se aproximó, viniendo Judas al frente.

El hijo de Iscariotes avanzó y depositó en la frente del Maestro el beso combinado, mientras Jesús, sin demostrar ninguna debilidad y dejando la lección de su coraje y de su afecto a los compañeros, preguntó:

Amigo, ¿a qué has venido?

Todavía, su interrogación no recibió ninguna respuesta. Los mensajeros de los sacerdotes lo prendieron y amarraron sus manos, como si se tratase de un vulgar salteador.

*

Después de las escenas descritas con fidelidad en los Evangelios, observamos las disposiciones psicológicas de los discípulos, en el momento doloroso. Pedro y Juan fueron los últimos que se separaron del Maestro bien amado, después de intentar débiles esfuerzos por su liberación.

Al día siguiente, los criminales movimientos de la turba disminuyeron el entusiasmo y la devoción de los compañeros más enérgicos y decididos en la fe. Las penas impuestas a Jesús eran excesivamente severas para que fuesen tentados a seguirlo. De la Corte Provincial al palacio de Antipas, se vio condenado y expuesto al insulto y a la burla. Con excepción del hijo de Zebedeo, que se conservó al lado de María hasta el último instante, todos los que integraban el reducido colegio del Señor se escondieron. Recelosos de persecución, algunos se ocultaron en los sitios próximos, mientras que otros, cambiando las túnicas habituales, seguían, de lejos, el inolvidable cortejo, vacilando entre la dedicación y el temor.



El Mesías, no obstante, coronando su obra con el sacrificio máximo, tomó la cruz sin una queja, dejándose inmolar, sin la mínima reprobación para los que lo habían abandonado en su última hora. Sabiendo que **cada criatura tiene su momento de testimonio, en el camino de la redención de su existencia**, observó a las piadosas mujeres que lo cercaban, bañadas en lágrimas:

— *“¡Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos!...”*

Ejemplificando su fidelidad a Dios, aceptó serenamente los designios del cielo, sin que una expresión menos blanda contradijera su tarea purificadora.

A pesar de la demostración de heroísmo y de inigualable amor, que ofreció desde arriba de la cruz, los discípulos continuaron subyugados por la duda y por el temor, hasta que la resurrección les trajo himnos de incomparables alegrías.

Juan, sin embargo, en sus meditaciones acerca del Mesías, comenzó a reflexionar maduramente sobre la oración del Huerto de los Olivos, preguntándose a sí mismo la causa de aquel sueño inesperado, cuando deseaba atender al deseo de Jesús, orando con su espíritu hasta el final de las duras pruebas. ¿Por qué había adormecido, él que tanto lo amaba, en el instante en que su amoroso corazón más necesitaba de asistencia y de afecto? ¿Por qué no pudo acompañar a Jesús en aquella última oración, cuando su alma parecía apuñalada por angustia intraducible, en las más dolorosas expectativas? La visión de Cristo resucitado lo vino a encontrar absorto en esos amargos pensamientos. En silenciosa oración, Juan se dirigía muchas veces al adorado Maestro, casi en lágrimas, implorándole perdón por su descuido de la hora extrema.

*

Algún tiempo pasó, sin que el hijo de Zebedeo pudiese olvidar la falta de vigilancia de la víspera del martirio.

Cierta noche, después de las acostumbradas reflexiones, sintió él que un sueño blando anesthesiaba sus centros vitales. Como en una atmósfera de sueños, verificó que el Maestro se aproximaba. Toda su figura se destacaba en la sombra, con divino resplandor. Precediendo a sus palabras de la serena sonrisa, de los tiempos pasados, le dijo Jesús:

— *¡Juan, mi soledad en el huerto es también una enseñanza del Evangelio y una ejemplificación! Ella significará, para todos los que nos sigan, que cada espíritu en la Tierra tiene que ascender solo al calvario de su redención, muchas veces con la despreocupación de los seres más amados del mundo. ¡Frente a esa lección, el discípulo del futuro comprenderá que su marcha tiene que ser solitaria, una vez que sus familiares y compañeros de confianza se entregan al sueño de la indiferencia! ¡De aquí por delante, pues, aprendiendo la necesidad del valor individual en el testimonio, nunca dejéis de orar y vigilar!...*

EL BUEN LADRÓN

Algunos días antes de la prisión del Maestro, los discípulos, en sus discusiones naturales, comentaban el problema de la fe, con el deseo desordenado de cuantos se aproximan a los asuntos graves de la vida, intentando, apresuradamente, llegar a una solución.

— ¿Cómo será esa virtud? ¿De qué forma la conservaremos intacta en el corazón? — preguntaba Leví, con atormentados pensamientos. Tengo la convicción de que solamente el hombre culto puede conocer toda la extensión de sus beneficios.

— No tanto así — decía Santiago, su hermano —, creo que basta nuestra voluntad, para que la confianza en Dios esté viva en nosotros.

— Pero, ¿será la fe una virtud para los que apenas de sean? — preguntaba uno de los hijos de Zebedeo.

En una esquina, como distante de aquellos duelos de palabras, Jesús parecía meditar. En cierto instante, solicitado al esclarecimiento, respondió con suavidad:

— *La fe pertenece, sobretodo, a los que trabajan y confían. Tenerla en el corazón es estar siempre listo para Dios. No importan la salud o la enfermedad del cuerpo, no tienen significado los infortunios o los acontecimientos felices de la vida material. El alma fiel trabaja confiada en los designios del Padre, que puede dar los bienes, retirarlos y devolverlos en tiempo oportuno, caminando siempre con serenidad y amor, por todos los senderos a través de los cuales la generosa mano del Señor quiera conducirlos.*

— Pero, Maestro — respondió Levi, en respetuosa actitud —, ¿cómo discernir la voluntad de Dios, en lo que nos sucede? He observado gran número de criaturas criminales atribuir a la Providencia sus hechos delictuosos y una legión de personas inertes que clasifican a la pereza como fatalidad divina.

— La voluntad de Dios, más allá de la que conocemos a través de su ley y de sus profetas, a través del consejo sabio y de las inclinaciones naturales para el bien, es también la que se manifiesta, a cada instante de la vida, mezclando la alegría con las amarguras, concediendo la dulzura o retirándola, para que la criatura pueda recoger la experiencia luminosa en el camino más espinoso. Tener fe, por lo tanto, es ser fiel a esa voluntad, en todas las circunstancias, ejecutando el bien que ella nos determina y siguiéndole su ruta sagrada, en las menores sinuosidades del camino que nos toca recorrer.

— Entretanto — observó Tomás —, creo que esa virtud excepcional debe ser atributo del espíritu más cultivado, porque el hombre ignorante no podrá pensar en la adquisición de semejante patrimonio.

El Maestro observó al apóstol con amor y esclareció:

— *Todo hombre de fe será, ahora o más tarde, el hermano dilecto de la sabiduría y del sentimiento; pero, esa virtud será siempre la del hijo leal al Padre que está en los cielos.*

El discípulo sonrió y objetó:

— Todavía, ¿quién tendrá en el mundo tan perfecta lealtad como esa?

— *Nadie puede juzgar en absoluto* — dijo Cristo con bondad —, *a no ser el criterio definitivo de Dios; pero, si esa conquista del alma no es común a las criaturas de conocimiento parcial o de posición vulgar, es bien posible que la encontremos en el pecho exhausto de los más infelices o rechazados del mundo.*

El apóstol sonrió desilusionado, en su escepticismo de hombre práctico. Dentro de poco, la pequeña comunidad se dispersaba por la aproximación del oscuro manto de la noche.

*

En la sombría hora de la cruz, disfrazado con vestiduras diferentes, Tomás acompañó, paso a paso, el coraje del Mesías.

Extrañas reflexiones surgieron en su espíritu. Su razón de hombre del mundo no le proporcionaba elementos para la comprensión de toda la verdad. ¿Dónde estaba aquél Dios amoroso y bueno, sobre quien reposaban sus esperanzas? ¿Poseía su amor tan sólo una cruz para ofrecerla a su hijo predilecto? ¿Por qué motivo no se rasgaban los horizontes, para que las legiones de ángeles salvaran del crimen de la multitud inconsciente y furiosa al Maestro amado? ¿Qué providencia era aquella que no se manifestaba en el momento oportuno? Durante tres años consecutivos habían creído que Dios guardaba todo el poder sobre el mundo; no conseguía, pues, explicar cómo toleraba aquél espectáculo sangriento en el que su enviado, cariñoso y amoroso, era conducido

hacia la infamante cruz, bajo insultos y pedradas. ¿El premio de Cristo era entonces aquél monte de la desolación, reservado a los criminales?

Ansioso, el discípulo contempló aquellas manos que habían sembrado el bien y el amor, ahora pegadas a la cruz como dos flores ensangrentadas. La frente aureolada de espinas era una nota irónica en su figura sublime y respetable. Su pecho temblaba, jadeante, sus hombros debían estar magullados y dolorosos. ¿Valió la pena haber distribuido, entre los hombres, tantas gracias del cielo? El malhechor que asaltaba el prójimo era, ahora, a su manera de ver, el dueño de compensaciones más duraderas.

Tomás se sentía como ahogado. Deseó encontrar a alguno de los compañeros para intercambiar impresiones, entretanto, no vio uno sólo de ellos. Trató de observar si los beneficiados por el Mesías asistían a su humillante martirio, en la hora final, recordando los que aún en la víspera se mostraban tan reconocidos y felices con su santa presencia. A nadie encontró. Aquellos leprosos que habían recuperado el don precioso de la salud, los ciegos que consiguieron rever el cuadro precioso de la vida, los inválidos que habían cantado hosannas después de la cura de sus cuerpos defectuosos, estaban ahora ausentes, escapaban al testimonio. ¿Valió la pena practicar el bien? El apóstol, hundido en dolorosos y sombríos pensamientos, dejaba absorberse por extrañas interrogaciones.

Notó que alrededor del madero estallaban carcajadas que reportaban ironías. El Maestro, a pesar de todo, guardaba en la semblanza una serenidad no superable. De vez en cuando, su mirada se extendía por sobre la multitud, como queriendo descubrir un rostro amigo.

Bajo las vociferaciones de la turba amotinada, a Tomás le parecía escuchar aún el ruido inolvidable de los clavos del suplicio. Mientras las lanzas y los vituperios se cruzaban en los aires, observó a los dos malhechores que la justicia del mundo había condenado a la última pena. Se aproximó a la cruz y vio que el Mesías depositaba en él los ojos amorosos, como en los tiempos más tranquilos. Notó que un sudor mezclado con sangre corría del rostro venerable, uniéndose con el rojo vivo de las llagas abiertas y dolorosas. Con aquella mirada inolvidable, Jesús le mostró las úlceras abiertas, como la señal del sacrificio. Penosa emoción dominó el alma sensible del discípulo. Con los ojos nublados de llanto, recordó los radiantes días del Tiberíades.

Las escenas más simples del apostolado resurgían ante su imaginación. Súbitamente, se recordó de la tarde en que habían comentado el problema de la fe, pareciéndole escuchar aún las elucidaciones del Maestro, al respecto de la lealtad perfecta a Dios. Reflexiones instantáneas sacudieron su corazón. ¿Quién habría sido más fiel al Padre que Jesús? Entretanto, ¡su recompensa era la cruz del martirio! Absorto en singulares pensamientos, el apóstol observó que el Mesías lanzaba ahora sus tiernos ojos sobre uno de los ladrones, que lo miraba afectuosamente.

En ese instante, percibió que la débil voz del condenado se elevaba para el Maestro, en tono de profunda sinceridad:

— ¡Señor! — dijo él, jadeante — acuérdate de mí, cuando entres a tu Reino!.

El discípulo observó que Jesús le dirigía, entonces, una mirada cariñosa, al mismo tiempo que a sus oídos llegaban los ecos de su palabra suave y esclarecedora:

— ¿Ves, Tomás? ¡Cuando todos los hombres de la ley no me comprendieron y cuando mis propios discípulos me abandonaron, he que encuentro la confianza leal en el pecho de un ladrón!...

*

Inquieto, el discípulo meditó en la lección recibida y, por horas, contempló el doloroso espectáculo, hasta el momento en que el Maestro fue retirado de la cruz de la última agonía. Comenzaba, entonces, a comprender la profunda esencia de sus enseñanzas inmortales.

Como si su espíritu fuese transportado a la cumbre de alto monte, le pareció observar desde allí la pesada marcha humana. Vio conspicuos hombres de la ley, repasando los libros divinos; doctores con el fatuo del orgullo pasaban erectos, exhibiendo los razonamientos más complicados. Hombres de sólidas convicciones integraban el cuadro, demostrando la fisonomía satisfecha. Mujeres vanidosas o fanáticas allá iban, igualmente, revelando sus dilectos títulos. En seguida, venían los directamente beneficiados por el Divino Maestro. Era la legión de los que se habían levantado de la miseria física y de las ruinas morales. Eran los leprosos de Jerusalén, los ciegos de Cafarnaún, los enfermos de Sidón, los seguidores aparentemente más sinceros, al lado de los propios discípulos que desfilaban, avergonzados, y se dispersaban, indecisos, en la hora extrema.

Poseído de viva emoción, Tomás comenzó a llorar íntimamente. Fue entonces que creyó escuchar unos pasos delicados y casi imperceptibles. Sin poder explicar de qué se trataba, juzgó divisar, a su lado, la inolvidable figura del Maestro, que le colocó las manos livianas y amigas sobre la frente atormentada, repitiéndole al corazón las palabras que le había dirigido desde la cruz:

— *¿Ves, Tomás? Cuando todos los hombres de la ley no me comprendieron y los propios discípulos me abandonaron, he que encuentro la confianza leal en el pecho de un ladrón.*

“La verdadera ganancia del ser es de Naturaleza Espiritual”

André Luíz